Políticas sociales y familia.

Estado de bienestar y neo-liberalismo familiarista

Mónica Solange De Martino Bermúdez

I. Introducción

En el análisis de una sociedad o fenómeno particular existen varias dimensiones de dificultad teórica: 1) los criterios que usamos para definir, categorizar y explicar nuestro objeto de estudio; 2) la manera en que definimos y enmarcamos su procesualidad; 3) las ideas muchas veces pre-concebidas que tenemos acerca de estructuras y procesos; 4) la forma cómo un momento histórico, con su respectivo cuerpo de conocimientos, delimita las teorías y la dirección misma del estudio.

Analizar las actuales tendencias político-económicas con relación a un antiguo objeto de las ciencias sociales como es la familia, participa de esas dificultades. Pero, muy especialmente, encontramos un plus de problematicidad en la tercera dimensión señalada, derivado de aquellas visiones acerca del amor, la pareja, los hijos y la sexualidad que se encuentran arraigadas en ciertos códigos morales y “disponibles” en los diferentes contextos institucionales.

No obstante, es obvio reconocer que no existe consenso en torno de los fenómenos a analizar. Tanto para el análisis de las ac-

tuales tendencias socio-económicas como para el análisis de la familia predominan, muchas veces, análisis simplistas basados en una lógica que podríamos definir como de búsqueda y culpabilización del chivo expiatorio. Así, por ejemplo, en el debate político, el Estado de Bienestar aparece como “responsable” de excesos presupuestales y de una ineficiente centralización y burocratización. Del mismo modo, ante el deterioro de ciertas formas de sociabilidad, la familia es colocada como responsable de los déficit sociales visibles. Tendríamos, pues, y dentro de esta lógica, al Estado como emprendedor fallido y a la familia como irresponsable “*laissez faire*.”

La lógica de la búsqueda del chivo expiatorio tiene, tal vez, sus razones si observamos el convulsionado panorama en el que estamos inmersos. Hoy por hoy, asistimos a vertiginosas transformaciones de lo que podríamos llamar el “paradigma societal” de la modernidad. (De Souza Santos, 1995)¹ Estado, nación, sociedad civil, familia, trabajo, ciudadanía, evidencian profundos cambios que reclaman la readecuación del bagaje teórico-metodológico de las ciencias sociales heredado, en general, del siglo anterior. Frente a todo ello, la búsqueda de un responsable -político y/o teórico- no deja de ser una alternativa unidireccional que simplifica los múltiples aspectos de una realidad compleja, aunque aporta cierta dosis de

MÓNICA DE MARTINO

Asistente Social Universitaria. Socióloga. Master en Sociología y Doctora en Ciencias Sociales (Universidad Estadual de Campinas, Brasil).

Profesora Adjunta del Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de la República).

¹ De Souza Santos, Boaventura. “*Pela Mão de Alice. O Social e o Político na pós-modernidade*”. Cortez Editora, São Paulo, 1995.

“seguridad” que, obviamente, puede resultar bienvenida.

No obstante, recurriendo a ciertas metáforas lúdicas, no es prudente buscar “atajos” teóricos/profesionales en ciertas situaciones, especialmente cuando la realidad se nos presenta laberínticamente o con “soluciones” preestablecidas. En un artículo anterior y pensando en otro tema -y ahora lo hacemos en la profesión dentro de una coyuntura societal particular- decíamos que *“no aceptamos la lógica del dentro y afuera. Esta distinción es meramente formal, define el terreno de la acción, los lazos burocráticos y las responsabilidades legales. En los hechos, todos estamos dentro del juego”*. (Castelli&De Martino, 1994: 138)²

Con la misma convicción, pues, estas notas pretenden clarificar algunos aspectos que, pensamos, son de interés para el posicionamiento de nuestra profesión -y de otras- con relación al Estado, las políticas sociales y ese “oscuro objeto” de intervención llamado familia.

En un primer ítem abordaremos el pasaje del régimen keynesiano-fordista al que hoy rige los destinos de casi todo el globo y que vulgarmente denominamos neo-liberal. Tendremos como eje articulador las sustanciales diferencias que estos modelos implican en términos de Políticas Sociales. En el punto siguiente profundizaremos la relación Familia - Políticas Sociales en el Estado de Bienestar, propio del primero de esos modelos. La hipótesis que nos guía es que el vínculo Familia-Políticas Sociales estuvo complejamente intermediado por categorías y estrategias ancladas en la esfera pública: trabajo, ciudadanía, y derechos individuales. Posteriormente anotaremos algunas líneas hipotéticas en torno de las Políticas Sociales neoliberales y sus impactos en las familias, a la luz de lo que hemos dado en llamar un “neo-familiarismo” ideológico que apunta a que las familias, como unidades políticas y económicas, asuman las consecuencias de la

racionalidad global del modelo. Por último, apenas esbozamos algunas conclusiones generales.

I. Políticas Sociales. Contextos macroeconómicos y políticos

Comencemos por algo obvio, toda Política Social debe ser analizada en un contexto más amplio: los macro modelos políticos y económicos que las generan o, en función de lo que algunos autores denominan el modelo de acumulación existente en una sociedad dada. Es ese modelo -o padrón de acumulación- el que la origina y le otorga alcances, matices y modalidades diferentes.

La evolución histórica de las Políticas Sociales excede los límites de este trabajo y nuestra capacidad. Tan sólo realizaremos algunas anotaciones en torno del pasaje experimentado, en las últimas décadas, de un modelo de acumulación keynesiano-fordista a otro denominado vulgarmente como neoliberal.³

Podríamos decir que el primero de ellos se caracteriza por una organización taylorista de la producción -total separación entre concepción y ejecución del proceso de trabajo- y por una integración maciza de los trabajadores en la sociedad de consumo a través de la indexación de los aumentos de salarios a los niveles de productividad. Esta redistribución de las ganancias de la productividad fue obtenida por dos vías fundamentales: el aumento de los salarios y por la expansión de los salarios indirectos, o sea, de los beneficios sociales en que se tradujo la ciudadanía social.

Tendríamos, pues: 1) un Estado regulador e intervencionista, incluso en la producción, los servicios y el comercio; 2) la redistribución de los ingresos y de los frutos del aumento de la productividad del trabajo; 3) el mejoramiento del nivel de vida y de las demandas de los trabajadores; 4) niveles importantes de movilización social, vinculada al Estado, muchas veces, a través de mecanismos corporativistas.

² Castelli, S.&De Martino, M. *“Trabajo Social y Sistemas Penales. Un antiguo problema y su Nuevo Escenario”*. Demandas y Oportunidades para el Trabajo Social. Nuevos escenarios y estrategias. Eppal. Montevideo, 1994. Págs. 121-139.

³ Obviamente el término neo-liberal es genérico y posee diferentes variantes que no nos detendremos en analizar por las razones ya expuestas.

Las Políticas Sociales dentro de este modelo keynesiano-fordista reforzaron el proceso de acumulación, siendo encaradas básicamente como “una dimensión de la inversión y no del gasto”. (Vilas, 1997:933)⁴ Este enfoque de las Políticas Sociales, más que amparado en una dimensión ética, que también estuvo presente, fue modelado por un determinado tipo de economía y de política, en el cual el consumo colectivo fue elemento fundamental del dinamismo del proceso de acumulación. En líneas generales, podemos decir que este tipo de políticas dotó al desarrollo capitalista de un sesgo reformista, alimentó la movilización social, otorgando legitimidad al sistema político con base en la extensión de los derechos de ciudadanía.

La crisis del régimen fordista y de sus instituciones sociales y políticas -entre ellas el Estado de Bienestar- asumió dos aspectos básicos. Por un lado, en términos de una crisis de rentabilidad del capital en función de la relación productividad-salarios y salarios directos e indirectos. Por otro, en cuanto a las formas de regulación de la vida social que subyacían a las relaciones anteriores. Como vimos brevemente, el Estado-Nación fue el elemento clave para la regulación del modelo keynesiano-fordista. Ahora, frente a una economía globalizada y con organizaciones mundiales acordes -FMI, BID, BM- la necesidad de adaptar los mecanismos e instituciones de regulación a este panorama se transforma en un tema fundamental para toda agenda política. Veamos, en líneas generales, cómo se procesa tal adaptación.

De manera simplificada, el modelo neoliberal hoy en consolidación se caracteriza por: 1) desregulación amplia de la economía; 2) autonomía del sector financiero; 3) desmantelamiento del sector público; 4) abandono de las funciones estatales de promoción e integración social, manteniendo su intervención en lo relativo a la fijación del tipo de cambio, tasas de interés y política tributaria.

En líneas generales, la política social es encarada como una serie de medidas que apuntan a compensar los efectos negativos de los ajustes macroeconómicos realizados. Tal vez la hipótesis subyacente sea que, superada la reactivación económica, las leyes de mercado generarán los equilibrios básicos necesarios, quedando solamente una pequeña proporción de población necesitada de atención y respaldo público.

Desde esta perspectiva, las Políticas Sociales son consideradas “una dimensión del gasto, no de la inversión”... (y) ...el concepto de desarrollo social se diluye y cede terreno al de compensación social”. (Vilas, 1997: 934)⁵

En este contexto las funciones de las Políticas Sociales encuentran severas limitaciones. Así, por ejemplo, respecto de la legitimación del orden político, piénsese en las restricciones del gasto social efectuadas en los últimos años a nivel de casi todos los países de América Latina y sus repercusiones en términos de nivel de vida de amplios sectores sociales. (Gordon, 1993; Ward, 1993)⁶ O, retomando la hipótesis delineada arriba, en el carácter netamente asistencial de ciertas políticas, que apuntarían a determinados segmentos caracterizados por su pobreza extrema o estructural. Respecto de la función de acumulación podríamos decir que encuentra subrayados los aspectos financieros. Piénsese, por ejemplo, en las reformas de la seguridad social que, más allá de las discusiones en torno de los beneficios de los sistemas privados, permiten poner a disposición del mercado recursos financieros importantes.

En resumen, parecería que las Políticas Sociales pierden su función integradora y son concebidas como transitorias en la medida en que luego de una fase inicial, el modelo económico producirá crecimiento y ge-

⁵ Ibidem.

⁶ Gordon, Sara. “La Política Social y el Programa Nacional de Solidaridad”. Revista Mexicana de Sociología. LV (2), abril-junio 1993. Págs. 351-366.
Ward, Peter. “Social Welfare Policy and Political Opening in Mexico”. Journal of Latin American Studies. Vol. 25. (1), octubre 1993. Págs. 613-628.

⁴ Vilas, Carlos. “De Ambulancias, Bomberos y Policías: La Política Social del Neoliberalismo”. Desarrollo Económico. Vol. 36, núm. 144, enero-marzo 1997. Págs.931-952.

neración de empleos, haciendo innecesarios los programas sociales. (Albanez, 1994)⁷

Con sus funciones sociales básicas limitadas, el papel de las Políticas Sociales, aparentemente podría consistir en: “*actuar en situaciones límites que pueden convertirse en focos de tensión política, alimentando la inestabilidad social, creando factores de inseguridad que afectan negativamente al flujo de fondos financieros externos y cuestionando la gobernabilidad del modelo*” (Vilas, 1997:936)⁸

En este contexto, las Políticas Sociales asumen tres características principales:

1) *Privatización*. Fundamentada en la necesidad de paliar la crisis fiscal, incrementar la eficiencia de los servicios y evitar las distorsiones de la gratuidad. En algunas situaciones, el Estado pasa de “prestador de servicios” a financiador de servicios contratados privados. Paradójicamente el éxito de la privatización depende de la capacidad reguladora del Estado, en términos de control de calidad, costos y eficiencia de los servicios.

2) *Focalización*. Fundamentada en la necesidad de que los fondos asignados -escasos- sean aplicados necesariamente a los objetivos definidos. Esta premisa recoge las críticas al modelo keynesiano-fordista, en términos de un universalismo principista que impedía que las Políticas llegaran a los verdaderamente necesitados. En otras palabras, intenta corregir la tendencia anterior a beneficiar a los sectores formales urbanos y a las clases medias. Más allá de la validez de esta crítica, entendidas en esos términos, las Políticas Sociales deben ser focalizadas pero también selectivas. Desde otra perspectiva, otro posible fundamento de la focalización puede ser la necesidad de enfrentar con fondos sociales recortados la tendencia a la masificación de los problemas sociales. Como ejemplo de este nuevo mode-

lo de políticas sociales, piénsese por ejemplo en los Fondos de Inversión Social.⁹ En esta modalidad, además de los aspectos reseñados, incide la expansión de cierta cultura gerencial, es decir, la necesidad de adecuar la acción social de Estado a los criterios de eficiencia y racionalidad económica que imperan en esta nueva fase modernizadora. Obviamente, la focalización responde a un requisito básico de cualquier política pública, más allá del contexto en que se desarrolle. Enfrentada a múltiples obstáculos y dificultades -definición de grupos objetivos, luchas redistributivas, etcétera- necesita de una visión amplia y general que la sustente. En ítems posteriores veremos algunos de sus impactos desde la perspectiva de género.

3) *Descentralización*. La literatura sobre el tema señala la tendencia a una descentralización más operativa que política, es decir, más vinculada a la ejecución que a la definición de programas y servicios. Es algo obvio señalar las dificultades existentes para una implementación integral de la descentralización: referentes institucionales que cuentan con una larga tradición centralizadora, grupos sociales objetivo con organización y capacitación endeble, etcétera.

Si bien las críticas a la ineficiencia del esquema keynesiano-fordista señala limitaciones serias y deben ser tenidas en cuenta, también es cierto que las Políticas Sociales en el contexto actual han arrojado magros resultados, según afirman numerosos autores. Del mismo modo, está fuera de discusión -y es aceptado por autores y actores de las más diversas tendencias- que el modelo neoliberal supone mayor proporción de población “excedente” -al menos en su fase inicial- que el modelo keynesiano-fordista. El desfase y la tensión entre la eficiencia de políticas sectoriales y la racionalidad global del modelo, pauta los logros y el accionar de las políticas sociales.

En cuanto a su papel en materia de legitimación del orden social podríamos decir

⁷ Albanez, Teresa. “Towards a Social Agenda”. Bradford Jr. (Ed). 1994. Págs. 111-121.

⁸ Vilas, Carlos. Op. Cit.

Sobre aspectos de las Políticas Sociales en el contexto actual y Fondos de Emergencia ver: Midaglia, Carmen. “Reforma del Estado en el campo social: elementos para una discusión”. Revista *Fronteras*, núm. 2, 1997. FCS-Dpto. Trabajo Social, Montevideo. Págs. 91-100.

que se encuentra desdibujado. Sin dejar de reconocer posibles impactos, especialmente en lo relativo a situaciones de pobreza extrema, parecería que el objetivo perseguido es, abandonando el criterio de la integración, evitar situaciones críticas y conflictivas garantizando niveles de gobernabilidad. La situación es particularmente complicada si, más allá de los sectores estructuralmente pobres, miramos hacia los denominados “nuevos pobres” para quienes el problema, además de sobrevivir, es recuperar lo perdido.

No obstante todo lo dicho, creemos que existen espacios para el mejoramiento técnico de las políticas sociales que podrían incrementar la eficiencia y contralor de los servicios. Para ello rescatar el principio de reciprocidad es fundamental. Reciprocidad entre usuarios y aquellos que detentan los diferentes niveles de responsabilidad y autoridad y en términos de ciertas perspectivas de vida. Pero para determinar los términos de tal reciprocidad deberíamos clarificar la relación entre Políticas Sociales, modelos macro-económicos y políticos y el lugar privilegiado de “lo privado” en el que posibles demandas se procesan y negocian. Ese lugar “privilegiado”, continuamente olvidado desde una perspectiva institucional y política es, para nosotros, la familia.

Desentrañar tal relación nos permitirá desmontar lugares comunes profesionalmente acuñados y ampliar los abordajes teóricos y prácticos con los que hasta el momento nos hemos manejado en términos de políticas, agentes y sujetos involucrados.

II. Familia y Políticas Sociales en el Estado de Bienestar

La relación entre lo que se ha dado en llamar Estado de Bienestar -ajustado al modelo keynesiano-fordista- y ciertos aspectos de la vida privada ha sido objeto de estudio para diferentes autores.

Durante los años 40 y 50, la corriente dominante de la sociología norteamericana, encabezada por Talcott Parsons (1955)¹⁰ for-

muló como hipótesis básica que, en la medida que las sociedades se tornan más complejas, el proceso de transferencia de funciones de la familia a instituciones especializadas -escuela, hospitales, asilos, técnicos- lograría que la familia se adaptase mejor a las tareas especializadas que se le asignaban: socialización de los niños y sostén psicológico de las personalidades adultas. Más recientemente, los trabajos de Lasch (1991)¹¹, en cierta manera apegados al modelo evolutivo parsoniano, buscaron demostrar que la familia contemporánea era producto de fuerzas sociales concretas y no de fuerzas abstractas. En la obra de referencia, el autor plantea que el enfoque de la familia subyacente al Estado de Bienestar, a pesar de su diversidad, puede abordarse como una asociación de los intereses de los profesionales y técnicos de clase media y la necesidad del capital de reorganizar y socializar la esfera de la vida privada y familiar.

La obra del autor marcó un nuevo rumbo para la teoría moderna que analiza la relación entre políticas sociales y familia. Lasch refutó los enfoques economicistas sobre el Estado de Bienestar -reducción de la pobreza, aumento del nivel de vida, etc.- y trató de demostrar que la expansión del Estado de Bienestar había sido una invasión a los lazos humanos primarios y a la raíces instintivas de la individualidad. Amparado en Parsons en tanto que el Estado había sustancialmente desplazado a la familia como agente clave de la reproducción social, Lasch juzgó negativamente la intervención estatal, en términos de una invasión de la vida privada o tecnificación de las funciones familiares.

La crítica de Lasch, aunque focalizada en la familia y no en las relaciones ambivalentes de género al interior de ella, fue una entre tantas. Desde otra perspectiva, elaboraciones feministas contemporáneas también se separaron de una visión positiva de los progresos del Estado de Bienestar. Diferenciándose de las “feministas sociales” de fines del siglo XIX y comienzos del XX, criticaron ese Estado y sus políticas sociales por

¹⁰ Parsons, T. & Bales, R. “Family, Socialisation and Interaction Process”. Free Press. 1955. Routledge & Kegan, 1956.

¹¹ Lasch, Christopher. “Refúgio num mundo sem coação. A família: santuário ou instituição sitiada?”. Paz e Terra. São Paulo. 1991.

fomentar la familia nuclear, caracterizada por el aislamiento de la mujer dentro del hogar y su posición sumisa en el ámbito de las actividades económicas. Así, por ejemplo, mientras que Lasch describe al conjunto de políticas sociales que involucran al Estado de Bienestar como la creación de reformadores y profesionales de clase media, Hartmann (1981)¹² lo describe como la creación del hombre, ignorando, tal vez, el poderoso impulso de las mujeres en torno de ciertas reformas legislativas fundamentales para ese modelo estatal.

Si bien podemos hacer acuerdo con Lasch sobre la tecnificación de las funciones familiares y con Hartmann sobre algunos aspectos negativos de la situación de la mujer, lo cierto es que el fortalecimiento de la familia nuclear, en tanto unidad privada y autónoma, fue creada o reconstituida por el Estado moderno, tanto en sus orígenes decimonónicos como en su fase de bienestar.

En ambas situaciones, el Estado alimentó el individualismo y autonomía familiar en términos privados. Pensemos, por ejemplo, en los principios básicamente individualistas de los organizadores de la caridad, de los movimientos mutuales a lo largo del siglo XIX. Más allá del paternalismo, la distinción entre indigentes y los pobres "merecedores" nos hablan de una racionalidad específica. Del mismo modo, los valores integracionistas del Estado de Bienestar bien pueden leerse también como un reforzamiento de las capacidades individuales y familiares a tono con sociedades basadas en la meritocracia, el esfuerzo y la movilidad social. Más allá de organizaciones colectivas que caracterizan este último modelo -sindicatos, asociaciones corporativistas, etc.- podríamos pensar que con respecto a la familia primó una perspectiva individualista y autónoma.

Para sustentar tal hipótesis retomamos en forma preliminar dos tendencias que co-

inciden y coadyuvan tanto en los antecedentes como en la forma plena del Estado de Bienestar. Antes de señalarlas reiteramos el carácter preliminar de estas reflexiones.

1) Reconociendo que el punto puede ser sumamente discutible, colocamos en primer lugar todas aquellas reformas legales tendientes a la construcción de una familia no patriarcal, mediante el fomento de la libertad e igualdad en los contratos matrimoniales, el divorcio, las leyes de potestad y derechos económicos de la mujer. Reformas legislativas asociadas en general con el período batllista. Sin dejar de reconocer los avances en términos de la "condición de la mujer", lo que queremos señalar es que en los orígenes del modelo keynesiano-fordista existió una concepción de la ley como facilitadora de deseos individuales. En otras palabras, una tendencia a democratizar tanto el Estado como la familia. La historia de los derechos de la mujer -también podríamos pensarlo con relación a los niños- y algunos aspectos del derecho de familia podría entenderse como una tendencia a subrayar y proteger los derechos individuales aun en el marco del grupo familiar. Lo que queremos señalar es que el Estado de Bienestar, más que una concepción de familia subrayó o abordó problemáticas familiares a partir de una perspectiva de los derechos individuales muchas veces en conflicto a la interna familiar. Pensemos en tres grandes líneas de reforma: 1) la legislación en torno del trabajo femenino, como forma de articular roles públicos y privados; 2) aquellas vinculadas a la niñez, basadas especialmente en la limitación del trabajo infantil y ampliación de las posibilidades de escolaridad; y 3) aquellas que pretendieron dar una base ética a la familia moderna superando el doble estándar moral/sexual- lucha contra la prostitución, fomento de la fidelidad, etcétera.

2) En segundo lugar y en términos parsonianos, indicamos la transferencia desde la familia y la comunidad hacia las instituciones estatales de la responsabilidad sobre los pobres, dependientes y "díscolos". Ya hemos analizado esta tendencia, desde el siglo XIX, como arraigada en una economía

¹² Hartmann, Heidi. "The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Toward a More Progressive Union." In: Sargent, Lydia. "Women and Revolution." South End Press. Boston. 1981.

política de los afectos y de los cuerpos y articulada en un tipo de gobierno que hemos dado en llamar "familiar". (De Martino, 1995)¹³ Más allá de los principios éticos observados en las prácticas caritativas, filantrópicas y mutuales, encontrábamos un profundo problema de gobierno: la transformación de nuestro país en una nación y Estado moderno. En tales procesos la familia, como segmento instrumental (Foucault, 1986)¹⁴ y económico no era ajena a la intervención estatal. Pero podríamos agregar, en esta oportunidad, algunos otros aspectos. Como ya lo indicamos en párrafos anteriores, una racionalidad eminentemente "individual" de la "salvación" filantrópica. Paralelamente, podemos pensar, también hipotéticamente, que el concepto contemporáneo de rehabilitación, que encuentra sus orígenes en aquellas intervenciones filantrópicas, es meramente "individual". Basta pensar en la escasa o prácticamente nula intervención a nivel familiar existente en el campo de las políticas sociales tutelares. Parecería que las instituciones tutelares serían una forma de cambiar o sustituir el medio ambiente de la persona de manera que ésta se volviera responsable de sí misma, obviamente con ayuda técnica. Algo de esto subyace en nuestra investigación sobre los programas de atención -punción- a adolescentes en conflicto con la justicia. (De Martino & Gabin, 1994)¹⁵ Lo paradójico es que esas mismas instituciones, ya sea en sus antecedentes filantrópicos como en su contemporaneidad, amenazan la autoridad familiar de los pobres, identifican y personalizan a sus "díscolos" pero, paralelamente, poseen una valoración positiva general de la vida familiar.

Con la enumeración de estas dos tendencias históricas queremos señalar que el modelo esquemático parsonianiano del reemplazo

de las funciones familiares por parte del Estado, podría ofuscar el sentido de la intervención estatal en torno de la familia. Como veremos a continuación, esa "sustitución" de funciones no fue lineal ni tuvo como referente claro y preciso a la familia. Por el contrario, la relación Estado de Bienestar-Familia se caracterizó por una intrincada red de mediaciones.

En la medida en que la intervención estatal se extiende, es cierto que "delinea" una familia "normal", como institución privada y autónoma. Por ejemplo, y recomendado su lectura, basta recordar párrafos de antología en la Exposición de Motivos del Código del Niño, o las fundamentaciones apasionadas de reconocidos batllistas en los debates parlamentarios en torno de la ley de divorcio. Pero la intervención estatal respecto de la familia, propia del Estado de Bienestar o en otras palabras, del modelo keynesiano-fordista, no es "directa" sino mediada por: 1) el ya señalado énfasis en derechos individuales, más que grupales/familiares. y 2) otras categorías propias de la esfera y del mundo público. Así, por ejemplo, pensemos en las diversas prestaciones y servicios que "llegan" a la familia a través del papel de sus integrantes en tanto actores económicos o sociales. Así, por ejemplo, los servicios implementados a través de "Asignaciones Familiares", servicios de salud vinculados a organizaciones corporativas, planes de vivienda., etcétera.¹⁶

Intentaremos ser claros, aunque tal vez teóricamente burdos: podríamos indicar que es a partir de sujetos públicos, racionales, económicos y socialmente integrados que se articularon diferentes prestaciones y/o servicios que en definitiva respaldaron o articularon a la/s familia/s. Y, nos atrevemos a agregar que aun en aquellas políticas sociales tutelares amparadas en instituciones totales, primó el paradigma del "individuo" y de la rehabilitación técnica e individual.

Lasch (1991) identificó correctamente, aunque desde otra perspectiva, esta tenden-

¹³ De Martino, Mónica. "Para uma genealogia da família uruguaia: Família e Modernização na Passagem do Século (1890-1930)". Tesis de Mestrado en Sociología. Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad Estatal de Campinas. San Pablo. Brasil. 1995.

¹⁴ Foucault, M. "A governamentalidade" En: *Microfísica do Poder*. Pág. 277-293. Graal. Rio de Janeiro. 1986. 6ta. Edição.

¹⁵ De Martino, M. & Gabin, B. "Hacia un enfoque integral de la Minoridad Infractora". 1994.

¹⁶ Es sumamente instructivo el debate parlamentario en torno al tema de las "Asignaciones Familiares". En definitiva subyace a la propuesta una problemática de índole meramente salarial, más allá de intenciones familiaristas. Algunas de las intervenciones son sumamente claras al respecto.

cia: el Estado de Bienestar estuvo ligado a la des-sexualización y des-psicologización de la naturaleza humana y, podríamos decir, a cierta negligencia respecto de la relación familia-sociedad. En otras palabras, estuvo articulado a lo social y público más que a las dimensiones de la naturaleza y la cultura ancladas en los procesos familiares. Las intervenciones propias del Estado de Bienestar liberaron al individualismo filantrópico de aquella racionalidad político-económica de los afectos y de los cuerpos - y también lo liberaron de su esencia masculina. ¿Cómo lo hizo? Apostando a que en una sociedad democrática, interdependiente, la familia también sería más democrática, cooperativa y autocontenida, a partir del reconocimiento de los derechos individuales de sus miembros, especialmente de las mujeres y de los niños.]

Es así, pues, que la línea de pensamiento parsoniana podría invertirse. Sin "reemplazar" a la familia, el Estado de Bienestar se expandió públicamente a partir de la articulación trabajo/ciudadanía, no sin contenidos obviamente privados: tendencia a la democratización de los procesos familiares, articulación de roles públicos y privados que en el caso de las mujeres es sumamente claro, etcétera. Desde un punto de vista estrictamente económico, también se percibe esta articulación: el amplio gasto del modelo keynesiano-fordista trajo consigo la extensión de múltiples bienes y servicios a las clases trabajadoras y su ámbito familiar, desde la propiedad de la vivienda hasta la ampliación de servicios educativos y nuevos padrones de consumo.

Podríamos decir que, en tanto Estado de Bienestar, no existió una voluntad expresa de "modelar" la vida familiar. Más bien las distintas intervenciones fueron el resultado de una serie de movimientos, de reformas o temáticas puntuales encadenadas al surgimiento y desarrollo de un tipo específico de sociedad y articuladas a partir de identidades y/o roles públicos más que privados. Vida pública y privada se articularon en esta dinámica: una sociedad organizada en la autoconfianza, en el mercado regulado, en el empleo y en la extensión de derechos individuales tuvo como contrapartida una familia acorde: familia como "refugio", autónoma y privatizada.

III. Neoliberalismo: ¿Políticas Sociales Neo-Familiaristas?

Obviamente, la discusión anterior está atravesada por la dicotomía público-privado. No es nuestra intención profundizar ese debate en esta oportunidad. Tan solo anotamos que el desarrollo del modelo keynesiano-fordista trajo aparejado diferentes tesis al respecto, que no tienen por qué ser consideradas excluyentes. Por un lado, algunos analistas identifican una ruptura total entre la sociedad civil, el Estado y las instituciones macro. La sociedad civil estaría atomizada y dominada por la racionalidad propia de estas instituciones, dando lugar a la denominada "colonización del mundo de la vida" (Habermas, 1988)¹⁷ Otros, mientras tanto, nos invitan a atestiguar las tácticas de resistencia y las prácticas cotidianas opuestas a las tendencias disciplinantes. (De Certeau, 1994; Foucault, 1991)¹⁸

Lo que no podemos dejar de reconocer es que en las actuales circunstancias asistimos a una descomposición del modelo anterior, en tanto combinación de procesos productivos, políticos y normas familiares basadas en la monogamia y hábitos de consumo y propiedad estables.

En este contexto, el viejo debate en torno del análisis de las relaciones familiares a partir de los inexorables mecanismos de la reproducción de la fuerza de trabajo, podría presentarse como incompleto. Del mismo modo, la idea de rechazo a la esfera pública y de retiro a la esfera privada también puede ser considerada débil, en función de los grandes cambios vividos por la familia y las relaciones de género.

Más allá de diferentes valoraciones, lo cierto es que se perfila una nueva articulación entre lo público y lo privado o, en los términos que nos interesan, entre Políticas Sociales y Familia. Ya el optimismo de Toffler (1980)¹⁹ lo anunciaba al abordar el nú-

¹⁷ Habermas, J. "Teoría de la Acción Comunicativa". Volúmenes I y II. Taurus. Madrid. 1988.

¹⁸ De Certeau, M. "A Invenção do Cotidiano". Vozes. Petrópolis. 1994.

Foucault, M. "Historia de la Sexualidad". Vol.1 La Voluntad de Saber. Siglo XXI. México. 1991.

¹⁹ Toffler, A. "A Terceira Onda". Record. Rio de Janeiro. 1980.

cleo familiar como un nuevo colectivo de trabajo. Ante la transformación de los procesos de trabajo ligada al desarrollo de la informática, la emergencia del "electronic household" haría peligrar la necesidad de unidades de producción a gran escala.

Lo cierto es que el superlativo optimismo de un Toffler no es ajeno a ciertas tendencias que podemos percibir en las actuales definiciones políticas. Parecería que ante la indisoluble crisis del Estado de Bienestar, el aumento de los costos de los diferentes servicios -públicos y privados- y el recorte obstinado de los diferentes programas sociales, la solución propuesta sería la responsabilidad e iniciativa doméstica para cubrir los diferentes servicios colectivos o sociales. En otras palabras, la crisis del Estado de Bienestar aparentemente requiere una "solución familiar" -al menos parcial- en términos de reducir su dependencia de los servicios colectivos y "aumentar" o "redescubrir" la autonomía e iniciativa personal/familiar.

Este "neo-familiarismo" subyacente a las tendencias políticas en boga tiene bastante fuerza, porque apela a una realidad que, por obvia, no deja de ser relevante teórica y políticamente: individuos y familias siempre están eligiendo, negociando y definiendo estrategias respecto a diferentes bienes, servicios, etcétera. También la sociedad civil posee ejemplos sobre tales opciones en términos de múltiples asociaciones y organizaciones.

Entendemos, pues, por "neo-familiarismo" esta tendencia ideológica a hacer de la familia una unidad, económica y política, de resolución de los problemas de la racionalidad global del modelo y, como tal, debemos reconocer sus contradicciones. Basta solo pensar en algunos rasgos señalados en el ítem anterior y preguntarnos, por ejemplo: ¿cómo "reprivatizar" actividades hasta el momento eminentemente públicas? ¿Cómo traer las unidades domésticas "privatizadas" nuevamente a la sociedad civil? ¿Cómo hacerlo cuando el trabajo femenino, por ejemplo, ha ido en aumento y es totalmente habitual que los niños se socialicen en instituciones fuera del hogar? ¿Cómo hacerlo cuando la figura masculina, habitualmente asociada al mundo público, muchas veces es "reprivatizada" ante una situación de desempleo y/o nueva pobreza? ¿Cómo procesará la

familia estos requerimiento cuando, a su interna y desde una perspectiva intergeneracional, son diferentes los valores y experiencias de vida en el mundo público?

La literatura sobre el tema nos indica algunos resultados de Políticas Sociales amparadas en esta tendencia. Así, por ejemplo, desde una perspectiva de género, ciertas políticas sociales focalizadas coloca un peso muy grande sobre los hombros femeninos. Especialmente programas de tipo comunitario, como los de complementación alimentaria, saneamiento ambiental, etcétera. Este tipo de programas, en general, se basa en una fuerte participación femenina a través de la extensión -vía trabajo voluntario- de la ya habitual doble jornada, reforzando ciertas desigualdades de género. Más allá de ello, parecería que apelar a que la familia desarrolle un papel central en tales programas, otorga más viabilidad y eficacia a los proyectos. Pero desde una perspectiva meramente económica, los programas de inversión social que respaldan la organización de "microempresas", muchas de ellas de índole familiar, arrojan como algunas de sus conclusiones el carácter inestable de estas actividades, en general desempeñadas en situaciones precarias y sin condiciones empresariales mínimas, distantes de la eficiencia de los "electronic household" de Toffler.

Este último ejemplo nos permite reflexionar sobre una de las tendencias verdaderamente transformadoras en el actual contexto nacional e internacional y que sustenta también lo que hemos dado en llamar "neo-familiarismo". Si el desarrollo del capitalismo trajo aparejado la constitución de la familia como unidad de reproducción social separada de esfera de la producción -con la primera revolución industrial la fábrica pasó a ser la unidad de producción paradigmática- hoy en día esta superación parece que está en vías de ser superada. El trabajo en la esfera doméstica o más articulado a ella es hoy una tendencia de significación. Pensemos, por ejemplo, en las tendencias existentes en el sector textil, en el del calzado o en ciertos "micro- emprendimientos" económicos hoy incentivados.

Relaciones de género e intergeneracionales resignificadas, procesos de la vida pública y privada hoy imbricados, relaciones de

cleo familiar como un nuevo colectivo de trabajo. Ante la transformación de los procesos de trabajo ligada al desarrollo de la informática, la emergencia del "electronic household" haría peligrar la necesidad de unidades de producción a gran escala.

Lo cierto es que el superlativo optimismo de un Toffler no es ajeno a ciertas tendencias que podemos percibir en las actuales definiciones políticas. Parecería que ante la indisoluble crisis del Estado de Bienestar, el aumento de los costos de los diferentes servicios -públicos y privados- y el recorte obstinado de los diferentes programas sociales, la solución propuesta sería la responsabilidad e iniciativa doméstica para cubrir los diferentes servicios colectivos o sociales. En otras palabras, la crisis del Estado de Bienestar aparentemente requiere una "solución familiar" -al menos parcial- en términos de reducir su dependencia de los servicios colectivos y "aumentar" o "redescubrir" la autonomía e iniciativa personal/familiar.

Este "neo-familiarismo" subyacente a las tendencias políticas en boga tiene bastante fuerza, porque apela a una realidad que, por obvia, no deja de ser relevante teórica y políticamente: individuos y familias siempre están eligiendo, negociando y definiendo estrategias respecto a diferentes bienes, servicios, etcétera. También la sociedad civil posee ejemplos sobre tales opciones en términos de múltiples asociaciones y organizaciones.

Entendemos, pues, por "neo-familiarismo" esta tendencia ideológica a hacer de la familia una unidad, económica y política, de resolución de los problemas de la racionalidad global del modelo y, como tal, debemos reconocer sus contradicciones. Basta solo pensar en algunos rasgos señalados en el ítem anterior y preguntarnos, por ejemplo: ¿cómo "reprivatizar" actividades hasta el momento eminentemente públicas? ¿Cómo traer las unidades domésticas "privatizadas" nuevamente a la sociedad civil? ¿Cómo hacerlo cuando el trabajo femenino, por ejemplo, ha ido en aumento y es totalmente habitual que los niños se socialicen en instituciones fuera del hogar? ¿Cómo hacerlo cuando la figura masculina, habitualmente asociada al mundo público, muchas veces es "reprivatizada" ante una situación de desempleo y/o nueva pobreza? ¿Cómo procesará la

familia estos requerimientos cuando, a su interna y desde una perspectiva intergeneracional, son diferentes los valores y experiencias de vida en el mundo público?

La literatura sobre el tema nos indica algunos resultados de Políticas Sociales amparadas en esta tendencia. Así, por ejemplo, desde una perspectiva de género, ciertas políticas sociales focalizadas coloca un peso muy grande sobre los hombros femeninos. Especialmente programas de tipo comunitario, como los de complementación alimentaria, saneamiento ambiental, etcétera. Este tipo de programas, en general, se basa en una fuerte participación femenina a través de la extensión -vía trabajo voluntario- de la ya habitual doble jornada, reforzando ciertas desigualdades de género. Más allá de ello, parecería que apelar a que la familia desarrolle un papel central en tales programas, otorga más viabilidad y eficacia a los proyectos. Pero desde una perspectiva meramente económica, los programas de inversión social que respaldan la organización de "microempresas", muchas de ellas de índole familiar, arrojan como algunas de sus conclusiones el carácter inestable de estas actividades, en general desempeñadas en situaciones precarias y sin condiciones empresariales mínimas, distantes de la eficiencia de los "electronic household" de Toffler.

Este último ejemplo nos permite reflexionar sobre una de las tendencias verdaderamente transformadoras en el actual contexto nacional e internacional y que sustenta también lo que hemos dado en llamar "neo-familiarismo". Si el desarrollo del capitalismo trajo aparejado la constitución de la familia como unidad de reproducción social separada de esfera de la producción -con la primera revolución industrial la fábrica pasó a ser la unidad de producción paradigmática- hoy en día esta superación parece que está en vías de ser superada. El trabajo en la esfera doméstica o más articulado a ella es hoy una tendencia de significación. Pensemos, por ejemplo, en las tendencias existentes en el sector textil, en el del calzado o en ciertos "micro- emprendimientos" económicos hoy incentivados.

Relaciones de género e intergeneracionales resignificadas, procesos de la vida pública y privada hoy imbricados, relaciones de

parentesco -la antigua "parentela"- no ajenas a las estrategias corporativas que las familias instrumentan para acceder al éxito o evitar el fracaso. Todo ello superando, tal vez, los límites de la unidad de residencia en la que habitualmente agotamos el análisis y abordaje de la familia. El espacio y el tiempo doméstico traspasado por profundas transformaciones a escala mundial y nacional.

Aparentemente, esa tendencia "neo-familiarista" que se percibe en el accionar político actual, se presenta como negligente con estas transformaciones, al abordar la familia -como tal vez lo hizo el Estado de Bienestar- como un campo autónomo, compacto y definitivamente articulado, es decir, como un campo de interacciones ya dadas y conocidas. Si el anterior modelo "alcanzó" a la familia fomentando los derechos individuales de sus miembros, obviar su complejidad en un contexto como el actual puede constituir un error cuyos impactos aún no podemos calibrar.

IV. A modo de conclusión

Luego de lo todo lo expuesto es obvio señalar que el análisis de las relaciones y prácticas de las familias es de crucial importancia política. Primero, porque la esfera familiar puede considerarse un tipo específico y especial de relaciones sociales constitutivas de todo proyecto de subjetividad. Por otro lado, independientemente de enfoques teóricos, porque ese lugar de "retiro" y amparo ante un mundo que se transforma vertiginosamente es valorado hoy políticamente.

Si el Estado de Bienestar significó el predominio de lo social, de la ciudadanía y la conformación de una vida privada "separada", es cierto también que el actual modelo refuerza la visión de una familia "refugio" pero a la que se le exige "volver" a la arena pública a partir de discursos seductores. Las dos posiciones envuelven cierto grado de disociación del grupo doméstico en relación a la totalidad de la vida social.

Por ello nuestras conclusiones apuntan a "restaurar" esa disociación a dos niveles. Primero delinearemos algunas conclusiones finales en torno a la familia, la política y la ciudadanía. Posteriormente, lo haremos respecto al abordaje teórico-metodológico de la relación familia y Políticas Sociales.

IV.1. Familia, sociedad civil y ciudadanía

La crisis del modelo keynesiano-fordista posee también un aspecto cultural, que bien podría resumirse como la revuelta de la subjetividad contra un espacio político reducido a una ciudadanía estatizada. Por otro lado, la prestación de servicios del Estado de Bienestar se transformó muchas veces en una prestación abstracta de servicio burocráticos, concebidos para dar respuesta a una vida social cada vez más atomizada.

A pesar de las críticas, los desafíos colocados por esa crisis a las posibilidades emancipatorias del proyecto de modernidad, aún no encuentran respuesta. Hoy por hoy, el renacimiento del mercado -internacionalizado y descentralizado- en desmedro de la comunidad y el énfasis en la subjetividad en desmedro de la ciudadanía aparecen como claros articuladores de la práctica social. Otros principios que hacen a la modernidad también son distorsionados: la autonomía es sinónimo de "privado", la creatividad se asocia a la desocialización y la reflexividad del yo se confunde con narcisismo.

Es por ello que bien vale la pena intentar clarificar algunos aspectos. Hablando de la tendencia "neo-familiarista" actual indicábamos el "regreso" de la familia a la arena pública. Cabe preguntarse si este "regreso" de la familia es el regreso de una entidad autónoma a una sociedad civil entendida como pluralidad atomística de intereses privados. Pensamos que no lo debería ser y esto constituye todo un desafío para la profesión y para aquellos involucrados con la definición e instrumentación de Políticas Sociales.

Por qué no pensar en la rearticulación de familia y ciudadanía en múltiples relaciones e intercambios vecinales y organizacionales, en los que prime el ya mencionado principio de reciprocidad? En definitiva, más allá del reajuste estructural de las funciones del Estado, lo que debería acompañar a ese "neo-familiarismo" es la emergencia de una sociedad civil como núcleo genuino de reafirmación de valores que hacen a la subjetividad, a la vida comunitaria y a la organización emancipatoria de intereses y modos de

vida. Aspectos que, más allá de discursos, quedan impregnados por la lógica del ajuste estructural. Sólo de esa manera la familia podría regresar de su “exilio” y transformarse, ella y sus miembros, en dinamizadora de la vida ciudadana.

En un contexto como el analizado es necesario descubrir la riqueza de las prácticas de solidaridad familiar y vecinal. No solo a partir de una mera racionalidad de mercado, sino como alternativa para la construcción de una esfera pública reformulada, en la que tengan lugar nuevas formas de entender la política y lo social. Entre ellas, una nueva forma de entender la relación entre el Estado y sus usuarios: una nueva ética de la reciprocidad, entendida horizontalmente y ya no como la abstracta y vertical “donación” de servicios propia del Estado de Bienestar. Tal vez de todo ello dependa la viabilidad y eficacia de todo proyecto o programa que apunte a la familia y la sociedad civil.

IV.2 Reflexiones metodológicas

Asistimos, hoy por hoy, a una indiferenciación entre producción y reproducción, de la que este “neo-familiarismo” es sólo uno de los síntomas. Es obvio señalar la necesidad de repensar las relaciones entre producción y reproducción sin reducir la primera a la esfera del lugar de trabajo ni a la segunda a la de las relaciones familiares. Cada uno de estos tipos de relación es influenciada y marcada por la totalidad de las otras relaciones sociales.

➤ Del mismo modo, pensar lo público y lo privado como esferas separadas y autónomas no nos beneficia. En cuanto al tema que nos interesa, la obra de Lasch, como ya fue dicho, abrió nuevos caminos para analizar las consecuencias privadas de las intervenciones públicas del Estado de Bienestar así como del modelo keynesiano-fordista en su conjunto. El conflicto familia-sociedad no se explicitó en este modelo, por las razones ya expuestas. Justo es plantearnos que, frente al “neo-familiarismo” imperante y en los términos en que lo entendemos, este conflicto pueda perfilarse en las actuales circunstancias. Tal vez ya tengamos algún indicador al respecto: la lógica de la búsqueda y res-

ponsabilización del chivo expiatorio indicada a inicios del presente trabajo.

Como agentes sociales, para estar a tono con los desafíos que esta situación nos provoca, reiteramos que ciertos modelos teóricos hoy no serían los más apropiados. Consideramos que una de las alternativas que el Trabajo Social y las Ciencias Sociales deberían privilegiar es el análisis de las diferentes estrategias familiares. Es a partir de ellas que el mundo de la producción y las actividades de reproducción podrían ser entendidas, ya no sólo como exclusivas del mundo público o de la vida privada, respectivamente. Entender las prácticas y estrategias familiares como articuladoras de los macro procesos económicos y políticos nos acerca al transfondo del problema: no son solo las políticas y las familias las que cambian, sino una forma de sociabilidad, un modelo de regulación y un otro paradigma de emancipación.

Desde esta perspectiva más abarcativa, la temática Familia y Políticas Sociales se transforma en un indagar: 1) cómo se modifican los modos de vida de la gente a partir de los impactos de la producción y de la reproducción indiferenciada y de un estado y economía en transformación; 2) cómo la gente, evitando el fracaso, genera y articula un nuevo complejo reproductivo social, en términos biológicos, materiales y culturales; 3) cómo lo hace a partir de determinadas condiciones concretas de vida y con las creencias y valores heredados del modelo anterior.

Estaríamos privilegiando así una mirada hasta ahora ausente: las negociaciones, conflictos, intereses y voluntades que se tejen, a la interna de cada unidad doméstica y a partir de sus propias experiencias pasadas, en un mundo donde, aparentemente, todo cambia.

Sólo así podríamos comenzar a superar los ya lugares común de la profesión: “las Políticas Sociales son desarticuladas, apuntan a individuos o problemáticas aisladas” o “el Trabajo Social, como profesión, es pobre en términos de intervención familiar”. Si es cierto que el Estado de Bienestar fue el primado de los individuos, y si lo es también

que, en las actuales circunstancias, existe un oportunista rescate de la familia y la sociedad civil: ¿no es hora de que el Servicio Social descubra en verdad a la familia, más

allá de antecedentes y declaraciones de intención al respecto? Al rescatarla también tendrá la posibilidad de vislumbrar otras dimensiones que subyacen a nuestro título.

Resumen

Centrado en el análisis de los modelos keynesiano-fordista y neoliberal, el artículo destaca los lineamientos básicos que asume la relación Políticas Sociales - Familia, en cada uno de ellos. Desde la preocupación por los derechos individuales propia del Estado de Bienestar hasta el "neo-familiarismo" que subyace a la lógica de ajuste aplicada desde los años 80. Las reflexiones finales apuntan a superar la disociación entre familia y todo social identificada en los dos modelos analizados.